

Opiniones que hacen de él un escritor singular, nada convencional que rompa tópicos y moldes que molestan a los más consagrados. Así, defiende con naturalidad que el escritor sea «narcisista, megalómano e improductivo»; le preocupa encontrar «contenidos políticos en discursos que aparecen como políticamente neutros» y hace de la ineficiencia el centro del relato.

A través de un personaje que desea cambiar pero es incapaz de ello, Tabarovsky narra la vida de Jonathan un hombre que lo que hace es pensar de manera errática, dispersa y veloz, y olvidar siempre a la expectativa de un cambio que nunca llegará. Este pensamiento rápido y efímero alerta de que la velocidad, tan valorada en la sociedad actual, es mala consejera para la reflexión y la literatura. Hay que tener en cuenta que el personaje vive en una ciudad que, también, está a la expectativa a raíz de la crisis económica —la hiperinflación argentina— que es la causante de que el protagonista se encuentre en la más absoluta incertidumbre. Un deseo obsesivo le persigue: marcharse primero de su barrio, a pesar de que en él vivieron Cortázar y Lamborghini, y, después, del país, lo que sí hará, en un último esfuerzo, viajando a Europa en donde comprueba que las promesas no se cumplen. El autor utilizará una estructura repetitiva (Jonathan pien-

sa y espera) y la enumeración caótica, recursos nada gratuitos ya que acentúan la sensación de incapacidad para la acción que caracteriza al personaje y su sentimiento de pérdida y fracaso. La minuciosidad con que el autor de *Las hernias* describe las calles de Buenos Aires revela, quizás, la única dependencia emocional de Jonathan. Es una novela de tono pesimista pues expresa todas las formas de la decepción y del desasosiego. No hay una línea argumental definida, con espesor y sí multitud de referencias políticas, económicas, literarias, científicas... que contribuyen a dispersar más el tenue argumento. *La expectativa* termina con los lugares comunes de la literatura: trama sólida, personaje claramente construido, diálogos, desenlace, lenguaje referencial... notas que dejan al lector a la expectativa de un autor que destaca por proyectar una mirada diferente sobre el arte de escribir. Nada sucede y nada puede suceder en un mundo que siempre es el mismo. Inicio y final de una expectativa que, como la vida, resultará inútil tenerla.

Ya verás, Pedro Sorela, Alfaguara, Madrid, 2006, 254 pp.

La incógnita del título de esta novela se resuelve al final de la

misma en donde se revela que la añorada ciudad Tres de Marzo es, sólo aparentemente, una capital imaginaria de un país sudamericano que corresponde a Bogotá, ciudad en la que, además, nació su autor en 1951. Un espacio violento, no más que otros, pero que tiene a los Andes para mostrar su lado sagrado. Esta revelación es debida a que, como el autor de *Cuentos invisibles* sostiene, «probablemente con esta novela termina un ciclo». Los personajes, nómadas constantes —como el propio Sorela: sus raíces abarcan varios países, además de Colombia en donde nació y vivió ocho años, e idiomas— viajeros infatigables que buscan reconstruirse interiormente sin caer en la banalización, no hay nada superficial en esta novela. El autor reflexiona sobre la muerte del viaje en un mundo globalizado que suprime las diferencias, que exprime el turismo masificado y el miedo a la integración de los inmigrantes, precisamente por ser diferentes. De ahí el pleno sentido que cobra el hecho de que los personajes viajen constantemente en avión pues en el aire no hay fronteras. Pedro Sorela no entiende de raíces, identidades y patrias. Son conceptos caducos. Tampoco de fronteras que hay que eliminar

porque excluyen a las personas. El autor de *Viajes de Niebla*, también, critica la domesticación que sufre la universidad, la xenofobia y la especulación inmobiliaria.

Ya verás está hábilmente estructurada en tres partes que, a su vez, constituyen tres microrrelatos, atravesados y unificados por un personaje femenino: Soledad, Sol o Solange. Desde puntos de vista significativos en el tiempo y en el espacio, el narrador cuenta en primera persona lo que le ocurre, a pesar de los vacíos de la memoria y de que ésta puede falsificar los hechos pero, «es lo único que pone orden y jerarquía en el tiempo», lo que hace que para el autor sea igual «lo probado y lo imaginado». La tercera persona se utilizará cuando se cuenta la historia central. Dos perspectivas perfectamente estructuradas como la escalera de caracol que encontramos en el interior de los palos de lluvia. Novela en movimiento, de lenguaje claro que no olvida los orígenes: «Uno es en buena parte de la lengua en que aprendió a hablar». Para Pedro Sorela, por otro lado, la novela es un género musculoso que admite todo, incluida la idea de que «el viaje es la sustancia de vivir y de escribir» y es que para este autor «la literatura es un magnífico país para vivir en él, e incluso, para nacionalizarse».

Cielo de tango, Elsa Osorio, *Siruela*, Madrid, 2006, 401 pp.

Elsa Osorio –Buenos Aires, 1952– a través del tango cuenta en esta novela un siglo de la historia de Argentina. Como en esta danza, en la que la autora de *Mentir la verdad* deja oír muchas voces en una perfecta cadencia narrativa, consiguiendo una intensidad equilibrada en un relato de estructura abierta que termina con las mismas 10 líneas con que comienza, en un deseo de demostrar que el azar no existe y que la distancia no cuenta cuando el amor y el tango se encuentran para unir lo diferente.

Elsa Osorio describe el esplendor de Buenos Aires en 1895 como un lugar al que llegaban miles de personas de todo el mundo mezclándose social y culturalmente con los autóctonos. Una época en la que el tango no era admitido en público debido a su origen prostibulario y los porteños burgueses lo negaban para gozarlo en privado porque no podían sustraerse al embrujo de un baile prohibido por la Iglesia. Esta música indecente para la clase alta, que unirá los destinos de los personajes, se convierte en protagonista con voz propia para definirse, contar los sentimientos que se suscitan cuando se baila, su complejidad, su historia, su evo-

lución y difusión cuando expertas milongueras enseñaban a bailar tango en París en 1913 de donde saltó a Europa y Estados Unidos con radicales modificaciones que lo edulcoraron con el fin de «despojarle de su indecencia». Dos mundos opuestos, el burgués y el mestizo, unidos por la misma pasión: bailar tango en donde sea; en La Boca, en un salón parisino, en Galicia, Nueva York... Elsa Osorio da cuenta también, de un siglo de la historia argentina yendo desde el Presidente Figueroa Alcorta al juramento de Uriburu –que, al derrocar a Yrigoyen e instaurar el primer golpe militar en 1930, será el responsable del desbarrancamiento del país– pasando por las sucesivas dictaduras, deteniéndose en la crisis económica del que fue considerado *el granero del mundo*, concretamente en el año 2000, momento en el que arranca la narración, cuando en Le Latina, una milonga del centro de París, Ana, francesa de padre argentino, y Luis un porteño de paso por París obsesionado en realizar una película sobre el tango, se encuentran para siempre.

Novela realista e histórica, a pesar de que el tango hable con sus personajes, en cuanto que muchos de los hechos que se cuentan sucedieron en la realidad, como el baile descalzo de Isadora Duncan envuelta en la bandera

argentina, la inauguración del tranvía de Buenos Aires o los acontecimientos políticos pero, también, en cuanto que hay una investigación sobre el tango a través de sus cantantes, bailarines, compositores, convirtiéndose, como señala la autora, «en una metáfora del abrazo», en un baile «en el que se abrazan las diferencias». Una historia de amores, luchas, traiciones, deseos, una defensa de la memoria, la tradición y, siempre presente, esa danza sensual y provocativa que acerca y hace olvidar. Elsa Osorio nos conduce intelectual y emocionalmente a un baile que define a la sociedad en la que nació, resumiendo parte de la historia de una ciudad y de su música.

Milagros Sánchez Arnosi

Dos ciudades en Julio Cortázar,
Miguel Herráez, Barcelona, Ed. Ronsel, 2006.

La barcelonesa editorial Ronsel acaba de publicar el libro *Dos ciudades en Julio Cortázar*, del escritor y profesor universitario Miguel Herráez. El volumen realiza un trayecto por los dos espacios urbanos que más sedujeron a Julio Cortázar desde su adolescencia: Buenos Aires y París.

Miguel Herráez, que es un profundo conocedor de la obra de Cortázar, de quien hace unos años escribió su biografía más completa hasta la fecha, y que fue publicada en la misma editorial con un álbum fotográfico cedido por Aurora Bernárdez, ha plasmado en este nuevo libro los imaginarios míticos cortazarianos siguiendo los cuentos y las novelas del narrador argentino. Las calles, los pasajes cubiertos, el metro, los cafés, las plazas de Buenos Aires y de París, aquellos lugares por los que caminan los personajes de Cortázar han sido recorridos por Miguel Herráez, logrando un atractivo volumen en el que se dan cita el ensayo literario, el biografismo, la literatura viajera, la especulación sociológica y el dietario íntimo.

Buenos Aires y París siempre fueron referencias míticas en Julio Cortázar. Es posible establecer su propia cartografía emocional en sus cuentos y novelas a partir de esos enclaves.

El libro sigue la estructura de *Rayuela*, porque está articulado en tres partes sustantivas: 1) Del lado de acá. Buenos Aires, 2) Del lado de allá. París, 3) De otros lados, con el agregado de que Herráez narra cómo llegó hasta sus manos un texto inédito del propio Julio Cortázar, en el que reflexiona acerca de su novela *Rayuela*, y las peripecias por las

que Herráez debió atravesar hasta ponerse en contacto con él, lo que le ofrece al conjunto un sabor particular.

Hay que sumar a todo ello que el libro incorpora, además, un dibujo inédito de Julio Silva, gran amigo de Cortázar, y con quien compartiera la composición de los tan valorados libros almanaque, como *La vuelta al día en ochenta mundos* o *Último round*.

Como se puede advertir, se trata de un libro de autor. Aunque está Cortázar en el trasfondo, es una propuesta íntegramente de Herráez, quien ha profundizado al máximo las posibilidades del lenguaje, abarcando tanto registros narrativos como enfoques poéticos.

Es un libro que acepta variados niveles de lectura: erudita, divulgativa. Pero capta al lector de Cortázar, porque pone al escritor argentino de cuerpo entero, frente al lector, potenciando todas aquellas experiencias humanas, que ya Herráez mostrara en la propia biografía del autor de *Rayuela*.

Acaso el mayor aserto de Herráez haya sido traspolar a la experiencia de la propia biografía aquello que, para Cortázar, formaba parte, no de la literatura, sino de la vida: transitar por galerías, callejas, pasajes, tanto en Buenos Aires como en París, hecho que alcanza un matiz transformador.

En efecto: sabemos que los pasajes, en cuentos y novelas de Cortázar, significan ir de un significado a otro, de una situación a otra nueva, diferente. Que los ritos cotidianos implican la renovación de las cualidades humanas, porque lo importante no está en la repetición –como lo impone el rito–, sino en la forma de enriquecer esa repetición. Tomar un café con un amigo, no es un acto simple de excusa para el diálogo: es la posibilidad del encuentro entre dos hombres, que llevan en sí el ser humanos. Y para Cortázar –para Herráez– eso es el signo distintivo que lleva a lo «otro», a lo incomparable, a lo que impide que ese acto simple sea rutina.

Dos ciudades en Julio Cortázar, es un libro dirigido a quienes admiran a Julio Cortázar y a quienes aman tanto las ciudades y las interpretan como algo más que meros ámbitos de concentración humana. Es un texto que proyecta el conocimiento del autor (el mismo Herráez) de Argentina y de Francia, además de expresar su cariño por los ámbitos porteño y parisino. Es, en última instancia, una invitación a recorrer la obra cortazariana desde los afectos profundos que Cortázar, Buenos Aires y París despiertan en Miguel Herráez.

Daniel Teobaldi